

SUBSCRIPCIONES

	1893	1894	1895
Madrid.....	1,50	4,50	9,75
Provincias.....	1,00	3,00	6,00
Extranjero.....	2,00	6,00	12,00

VENTA

En España: 25 números, 75 céntimos de peseta.
Extranjero: 10. id. id. 1,00

NUMEROS SUeltos
Del día, 5 céntimos; atrasado, 25 idem.
Se suscribe en las oficinas de El Globo.
Se reparte gratis, 2, y en todas las librerías.

TELEFONO NÚM. 772

EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO
POLÍTICO, CIENTÍFICO Y LITERARIO

ANUNCIOS

En España: 25 números, 75 céntimos de peseta.
Extranjero: 10. id. id. 1,00

NUMEROS SUeltos
Del día, 5 céntimos; atrasado, 25 idem.
Se suscribe en las oficinas de El Globo.
Se reparte gratis, 2, y en todas las librerías.

TELEFONO NÚM. 772

AÑO XX—CUARTA ÉPOCA

Domingo 1.º de Abril de 1894

MADRID—NÚM. 6.716

La Academia Española

La docta Comunidad que limpia, fija y da esplendor al habla castellana, debe celebrar hoy con una sesión extraordinaria y solemne, a la cual está invitada la corte, la inauguración del palacio donde acaba de trasladar los gloriosos penates que durante un siglo han dado fama a la calle de Valverde.

Forma este palacio una manzana con fachadas a las calles de Alarcón, de Felipe IV, de Moreto y de la Academia.

Consta de planta general de sótanos, planta baja, piso principal y un ático destinado a viviendas del personal dependiente de la Corporación.

La planta de sótanos contiene, entre diversas y numerosas dependencias, el calorífico y algunas habitaciones para empleados de la casa.

La planta baja, entrando por la puerta de la calle de Felipe IV, comprende un vestíbulo que da paso, por la derecha, a la caja de la escalera que sirve todo el edificio y donde está situada la portería; por la izquierda, a la sala de visitas y al almacén para la venta de libros, que comunica por una escalera con el depósito de los mismos, establecido en el sótano; y por el centro se pasa directamente a otro vestíbulo central que da acceso, por la izquierda, a la escalera de honor; por la derecha, a la guardareja, y por el testero al salón de juntas ordinarias, flanqueado por dos salas de comisiones que comunican directamente con él y tienen además entrada independiente.

En esta misma crugia están distribuidos algunos despachos para los señores académicos que tienen cargo especial, para el director y para el secretario.

Hay además en esta planta, un vestíbulo de ingreso por la fachada principal, que comunica directamente con el que está situado en el centro mismo del edificio, y un pórtico para carruajes, que da a la calle de Moreto y comunica igualmente con el vestíbulo central.

Subiendo la escalera de honor se llega al gran vestíbulo del piso principal que da paso directamente al suntuoso salón de actos públicos, ricamente decorado, que recibe luz lateral por cuatro ventanas con vidrios de colores y luz cenital por medio de un gran lucernario abierto en el techo.

El ala del palacio que da al Mediodía está toda destinada a la Biblioteca de la Academia; y la que simétricamente mira al Norte, contiene, además de la caja de la escalera general, una pieza de entrada, un despacho para los académicos, la sala llamada del Diccionario, por la que los académicos pasan al estrado del gran salón de sesiones, y algún otro despacho en esta misma crugia.

En la que da a Poniente se halla situado el archivo, y espaciosa galería alrededor de la escalera principal, dando paso a las diferentes dependencias y al salón de actos públicos.

Por la escalera colocada en la crugia Norte se sube al segundo piso, en el cual se encuentran la galería alta del expresado salón y las habitaciones de los dependientes principales de la Academia. En el piso de cubiertas hay grandes salones destinados a conservar existencias y mueblaje.

La es la distribución general de este hermoso edificio, que su ilustre autor, el arquitecto don Miguel Aguado, ha revestido de cierto carácter clásico en armonía con su objeto, y dotado de todas las comodidades que era dable ofrecer a la Corporación que ha de ocuparlo.

Para la completa terminación del palacio, faltan algunas esculturas en la fachada principal y en el vestíbulo, y alguna pintura artística en el salón de sesiones.

La historia y organización de la Academia son generalmente poco conocidas. Fundada en 1713 por iniciativa de D. Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena, aprobó la fundación en real cédula del señor rey D. Felipe V, expedida a 3 de Octubre de 1714; quedando autorizada la Academia para formar sus estatutos. Al mismo tiempo se concedieron varias privilegios a los académicos y a la Corporación, que adoptó por divisa un crisol puesto al fuego, con la famosa leyenda *Limpia, fija y da esplendor*, que tantos críticos han convertido en blanco de sus sátiras.

La Academia tuvo desde luego la prerrogativa de consultar al rey en la forma que los supremos tribunales; y los académicos gozaron de las preeminencias y exenciones concedidas a la servidumbre de la real casa. En 1723 se le concedió la donación de 80.000 reales anuales para sus publicaciones; y el rey D. Fernando VI le dio facultad para publicar sus obras y las de sus individuos sin previa censura.

En 1754 el monarca cedió a la Corporación para sus juntas, que hasta entonces había celebrado en casa de sus directores, una habitación en la real casa del Tesoro; al permanecer hasta su traslado a la que ha ocupado en la calle de Valverde, que le fue concedida por Carlos IV en real cédula de 20 de Agosto de 1783.

Por real decreto de 10 de Marzo de 1847, se dieron nuevos estatutos a la Academia, y se reformó su organización, suprimiendo la clase de supernumerarios y aumentando hasta treinta y seis las plazas de individuos de número. Últimamente, por real decreto de 24 de Agosto de 1859, se dieron a esta Corporación los estatutos por que hoy se rige.

Con arreglo al artículo IX de esos estatutos, la Academia consta:

De 36 académicos de número, domiciliados en Madrid.

De 24 correspondientes españoles, que lo están fuera de la corte.

De honorarios y correspondientes extranjeros.

Y por fin, de Académicos americanos; las cuales, según acuerdo de la Academia tomado en 24 de Noviembre de 1870, se podrán elegir en las que antiguamente fueron provincias de España y son hoy repúblicas independientes de Ultramar. Estas Académicas se constituyen como correspondientes de la Española a para que le ayuden en eficacia en la noble tarea de vigilar por la pureza, fijar y esplendor del común idioma castellano; pero proceden libremente en cuanto se relaciona con su organización interior.

La Academia celebra junta reglamentaria un día de cada semana (el actualmente señalado es el jueves), para tratar de sus negocios ordinarios y gubernativos. Puede, sin embargo, suspender, y suspender, en efecto, sus sesiones en los meses de Julio y Agosto.

Cuando es necesario, se tienen juntas extraordinarias.

La Academia tiene un director, un secretario, un censor, un bibliotecario y un tesoro-

que de Escalona, grandes de España de primera clase, y desempeñaron las más altas funciones del Estado.

V. Excmo. Sr. D. José de Carvajal y Lancaster, gobernador de Indias y Protector de la Real Academia de las tres Nobles Artes.

Fue elegido en 13 de Mayo de 1751, pidiendo al rey dispensa del Estatuto, por no ser académico y habérsele nombrado sin limitación de tiempo. El rey lo aprobó todo; y el poderoso hombre de Estado ocupó la presidencia hasta su muerte, acaecida en 8 de Abril de 1754.

VII. Excmo. Sr. D. Fernando de Silva Álvarez de Toledo, duque de Alba, teniente general de los reales ejércitos, y decano del Consejo de Estado.

Fue elegido en 1754, perpetuado un año después, y falleció en 1776.

VIII. Excmo. Sr. D. José Bazán de Silva, marqués de Santa Cruz, Grande de España.—De 1776 a 1802.

VIII. Sr. D. Pedro de Silva y Sarmiento, bibliotecario mayor de S. M. é individuo de las Academias de Nobles Artes de Madrid y Valencia y de las Sociedades Económicas Vascongadas y Cantábrica.

Elegido en 4 de Febrero de 1802 y perpetuado un año después, falleció en 6 de Noviembre de 1808.

IX. Excmo. Sr. D. Ramón Cabrera, consejero de Estado y prior de Arróniz, elegido en 29 de Marzo de 1814, después de vacar más de cinco años la presidencia.

X. Excmo. Sr. D. José Miguel de Carvajal y Vargas, marqués de Lara, duque de San Carlos, conde del Castillejo y del Puerto, grande de España de primera clase, mayor-

5 de Diciembre de 1872. Falleció en 4 de Septiembre de 1893, no ejerciendo ya este cargo.

XV. Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela, conde de Cheste, capitán general de los ejércitos nacionales, como el primero de la serie.

Elegido en 2 de Diciembre de 1875; reelegido en 5 de Diciembre de 1878, en 1.º de Diciembre de 1881, en 4 de Diciembre de 1884, en 1.º de Diciembre de 1890 y en 7 de Diciembre de 1893; va de presumir que la voluntad de la Academia será que continúe ejerciendo el cargo durante el resto de sus días, que le deseamos largos y prósperos.

Los secretarios de la Real Academia Española desde su fundación hasta el día, han sido los siguientes:

Sr. D. Vincencio Squarzafigo Centurión y Arriola, quien, elegido al constituirse la Academia, firmó su primera acta en 4 de Agosto de 1713.

D. Pedro González, elegido en 1737.
D. Lope Hurtado de Mendoza, 1739.
D. Francisco Antonio de Angulo, 1747.
D. Juan Trigueros, 1775.

Excmo. Sr. D. Manuel de Lardizábal y Uribe, 1777.

Sr. D. Francisco Antonio González, 1814.
Excmo. Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa, 1833.
Excmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego, 1837.
Excmo. Sr. D. Manuel Bretón de los Herreros, 1853.

Sr. D. Antonio María Segovia, 1873.
Ilmo. Sr. D. Manuel Tamayo y Baus, secretario actual. Elegido interino en 5 de Febrero de 1874, por muerte de su ante-

D. Juan de Iriarte, 1754.
D. José Abreu, marqués de la Regalía, 1789.

D. Gaspar de Montoya, 1775.
D. Ramón Cabrera, 1801.
D. Antonio Ranz Romanillos, 1808.
D. José Dussó, 1817.

Excmo. Sr. D. Marcial Antonio López, barón de La Joyosa, 1844.
Ilmo. Sr. D. Jerónimo del Campo, 1857.
Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cuetos, marqués de Valmar, tesorero actual; elegido por fallecimiento de su antecesor, en Diciembre de 1861, y reelegido en los años siguientes.

Vocales adictos a la Comisión Administrativa:
Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, electo en 6 de Octubre de 1859.
Ilmo. Sr. D. José de Selgas y Carrasco, 1890.
Sr. D. Gabino Tejado, 1892.

Sr. D. José de Castro y Serrano, vocal adicto actual; elegido interino, por fallecimiento del Sr. Tejado, en 12 de Noviembre de 1891; en propiedad en 8 de Diciembre del mismo año, y reelegido en los años siguientes.

Es sumamente curiosa la relación de los individuos que sucesivamente han ocupado las treinta y seis sillas de la Academia. En su origen sólo fueron veinticuatro, que se designan con letras mayúsculas. Las doce restantes, creadas por el real decreto de 2 de Marzo de 1847, se señalan con minúsculas.

SILLA A

Sr. D. Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena, fundador y primer director de la Academia, en 6 de Julio de 1713; + 29 de Junio de 1725.

D. Tomás Pascual de Azpeitia; + 1750.

D. José Abreu, marqués de la Regalía; 1775.
D. Antonio Tavira; 1807.
D. Eugenio de la Peña; 1813.
D. Eugenio de Tapia; 1860.
D. Severo Catalina del Amo; 1871.

D. Agustín Pascual; 1894.
Excmo. Sr. D. Luis Pidal, marqués de Pidal.

SILLA B

Sr. D. Juan Ferreras, académico fundador, en 6 de Julio de 1713; + 8 de Junio de 1735.

Fr. Jacinto de Mendoza; 1747.
D. García de Montoya; 1758.
D. Juan Trigueros; 1777.
D. Vicente de los Ríos; 1779.
D. Francisco Capilla; 1780.
D. Manuel Uriarte de la Hoz; 1789.

D. Joaquín Juan Flórez; 1812.
D. Juan Meléndez Valdés; 1817.
D. José de Bucarell; 1830.
D. Eugenio de Guzmán; 1834.
D. Manuel Bretón de los Herreros; 1853.

Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra.

SILLA C

Sr. D. Gabriel Álvarez de Toledo, académico fundador, en 6 de Julio de 1713; + 12 de Enero de 1714.

D. Alonso Rodríguez Castañón; 725.
D. Andrés Fernández Pacheco; 1746.
D. Francisco Angulo; 1775.
D. Manuel de Lardizábal; 1820.

D. Francisco Martínez de la Rosa; 1862.
D. Luis González Bravo; 1871.
D. Antonio Benavides; 1884.
D. Cristino Martos; 1893.

Excmo. Sr. D. Manuel Colmeiro.

SILLA D

Sr. D. Andrés González Barcia, académico fundador, en 1713; + 4 de Octubre de 1743.

Fr. Antonio Ventura de Prado; 1754.
D. Fernando Magallón; 1781.
D. Enrique Ramer; 1797.
D. Martín Fernández Navarrete; 1844.

D. Manuel López Cepero; 1858.
D. Pedro Felipe Monlau; 1871.
Excmo. Sr. D. Emilio Castelar.

SILLA E

Fr. Juan Interián de Ayala, académico fundador; + 20 de Octubre de 1730.

D. Juan José de Utrera; 1751.
D. Ignacio de Luzán; 1754.
D. Javier de Aguirre, marqués de Montebornoso; 1763.
D. Pedro Rodríguez de Campomanes; 1802.
D. Antonio Ranz Romanillos; 1808.
D. José del Castillo y Ayensa; 1881.
Excmo. Sr. D. Ramón de Campoamor.

SILLA F

Padre Bartolomé Aleazar, académico fundador; + 14 de Enero de 1721.

D. Lorenzo de Cardona; 1731.
Padre Carlos de la Reguera; 1742.
D. Agustín de Montiano y Luyando; 1764.
D. Felipe Samaniego; 1766.
D. Manuel Valbuena; 1821.
D. Cándido Beltrán de Calcedo; 1826.
D. José Musso y Valiente; 1838.
D. Ventura de la Vega; 1865.
Sr. D. Cayetano Fernández.

SILLA G

Padre José Cassani, académico fundador; + 12 de Noviembre de 1750.

Padre José Carrasco; 1768.



LA ACADEMIA ESPAÑOLA

torio, un censor, un bibliotecario y un tesoro-

que de Rivas, grande de España de primera clase, senador del Reino y presidente del Consejo de Estado.

Elegido interino en 20 de Febrero de 1862, y en propiedad en 3 de Diciembre de dicho año, falleció en 22 de Junio de 1865.

XIV. Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molina, grande de España de primera clase y embajador de S. M. Católica cerca de la Santa Sede.

Elegido interino en 27 de Junio de 1865, y en propiedad en 6 de Diciembre de 1866. Reelegido en 2 de Diciembre de 1869, y en

domo mayor de S. M., consejero de Estado, capitán general de los reales ejércitos, académico de la Historia y embajador en las cortes de Francia, Inglaterra, Austria y Rusia; elegido en 1814, perpetuado el año siguiente y fallecido en 1828.

XI. Excmo. Sr. D. José Gabriel de Silva Bazán, marqués de Santa Cruz, grande de España de primera clase y mayordomo mayor de Palacio; electo en 1828, perpetuado un año después y fallecido en 1839.

XII. Excmo. Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa, presidente del Congreso de diputados y del Consejo de ministros, embajador en Roma y en París; electo en 20 de Noviembre de 1839, perpetuado en 21 de Noviembre del siguiente año y fallecido en 7 de Febrero de 1862.

XIII. Excmo. Sr. D. Angel Saavedra, duque de Rivas, grande de España de primera clase, senador del Reino y presidente del Consejo de Estado.

Elegido interino en 20 de Febrero de 1862, y en propiedad en 3 de Diciembre de dicho año, falleció en 22 de Junio de 1865.

XIV. Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molina, grande de España de primera clase y embajador de S. M. Católica cerca de la Santa Sede.

Elegido interino en 27 de Junio de 1865, y en propiedad en 6 de Diciembre de 1866. Reelegido en 2 de Diciembre de 1869, y en

cesor, fue en propiedad en 3 de Diciembre del mismo año.

La Academia ha tenido los siguientes Censores.

El señor marqués de Molina, electo en 1839.
El señor conde de Cheste, 1865.
D. Patricio de la Escosura, 1876.
D. Manuel Canete, 1879.

D. Gaspar Núñez de Arce, censor actual, elegido interino, por fallecimiento del señor Canete, en 19 de Noviembre de 1881, y en propiedad en 3 de Diciembre del mismo año.

Bibliotecarios:
Sr. D. Juan Cristóbal Ramírez Alamanzón, electo en 30 de Diciembre de 1794.

D. Joaquín Lorenzo Villanueva, 1808.
D. Martín Fernández de Navarrete, 1817.
D. José Dussó, 1844.
D. Rubén María del Valle, 1849.
D. Antonio Ferrer del Río, 1867.

Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández Guerra y Uribe, bibliotecario actual. Elegido interino en 10 de Octubre de 1872, por defunción del Sr. Ferrer del Río; lo fue en propiedad en 5 de Diciembre del propio año.

Tesoreros:
D. Vincencio Squarzafigo Centurión y Arriola, electo en 9 de Diciembre de 1723.
D. Pedro González, 1737.
D. Manuel Villegas Piñatelli, 1739.
D. Ignacio de Luzán, 1752.

D. Tomás Antonio Sánchez: 1802.
D. Juan Antonio Conde. Pasó a la silla N.
D. José Pérez Villamil: 1824.
D. Vicente González Arnao: 1845.
D. Patricio de la Escosura: 1878.
Excmo. Sr. D. Emilio Alcalá Galiano, conde de Casa-Valencia.

SILLA H

Sr. D. Antonio Donce Harnuevo, académico fundador: 10 de Octubre de 1722.
D. Juan Isidro Fajardo: 1726.
D. Pedro Serrano Varona: 1738.
D. Pedro González: 1758.
D. Juan Chindurza: 1763.
D. Miguel Pérez Pastor: 1763.
D. Bernardo Iriarte: 1814.
D. José Munárriz: 1830.
D. Alberto Lieta: 1848.
D. José Zorrilla. No tomó posesión, y su plaza se declaró nuevamente vacante.
D. Fermín de la Puente y Apezachea: 1875.
D. Pedro Antonio de Alarcón: 1891.
D. Francisco Asenjo Barbieri: 19 de Febrero de 1894. Vacante.

SILLA I

Sr. D. Francisco Pizarro, marqués de San Juan, admitido en 12 de Julio de 1713: 7 de Febrero de 1736.
D. José Terrero y Marso: 1763.
D. Gaspar de Montoya: 1801.
D. Francisco Patricio Berquiza: 1810.
D. Diego Clemente: 1834.
D. Jerónimo del Campo: 1861.
Excmo. Sr. D. Juan Valera.

SILLA J

Sr. B. José de Solís y Gante, duque de Montellano, nombrado en 20 de Julio de 1713: 25 de Junio de 1763.
D. Vicente de Vera, duque de la Boca: 1813.
D. Manuel José Quintana: 1857.
Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar.

SILLA K

Sr. B. Vicencio Squarazaga Canturión y Arriola, nombrado en 2 de Agosto de 1713: 26 de Agosto de 1777.
D. Francisco Manuel de Mata Linares: 1780.
D. Antonio Porlier, marqués de Bajamar: 1813.
D. José Vargas Ponce: 1824.
D. Juan Bautista Arriaz: 1837.
D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molina: 1889.
Excmo. Sr. D. Francisco Silveira.

SILLA L

Sr. D. Adrián Conink, nombrado en Octubre de 1713: 23 de Septiembre de 1728.
D. Diego Suárez de Figueroa: 1743.
D. Manuel de Villagras y Oyarvide: 1746.
Duque de Medina Sidonia: 1779.
D. José Guevara Sisoncelos: 1804.
D. Vicente González Arnao. Pasó a la silla G.
D. José Gabriel de Silva Bazán, marqués de Santa Cruz: 1830.
D. Bernardino Fernández de Velasco, duque de Erias: 1851.
D. José Cavada: 1882.
D. José Zorrilla: 23 de Enero de 1893.
Excmo. y Excmo. señor cardenal don fray Cefarino González, electo.

SILLA M

Sr. D. Juan de Villademoros, nombrado en Noviembre de 1713: 20 de Abril de 1723.
D. Miguel de Barza: 1747.
D. Antonio Gaspar de Pinado: 1756.
D. Jerónimo Puig: 1763.
Duque de Almodovar: 1794.
D. Juan Cristóbal Ramírez Alamanzón: 1814.
D. José Duaso: 1849.
D. Javier de Quinto, conde de Quinto: 1860.
D. Francisco Cutanda: 1885.
D. Tomás del Corral y Oña, marqués de San Gregorio: 1892.
D. Marcelino Aragón y Azlor, duque de Villahermosa: 1888.
D. Francisco Commaletán.

SILLA N

Sr. D. Vicente Bacallar, marqués de San Felipe, nombrado en Noviembre de 1713: 7 de Junio de 1726.
D. Francisco Antonio Zapate: 1754.
D. José de Bada y Aguirre: 1760.
D. Vicente García de la Huerta: 1787.
Conde de Castañeda: 1818.
D. José Antonio Conde: 1820.
D. Ramón Cabrera: 1832.
D. Eusebio María del Valle: 1857.
D. Frutos Saavedra Meneses: 1868.
D. Sebastián de Olazábal: 1873.
D. León Galindo y de Vera: 1889.
D. Benito Pérez Galdós, electo.

SILLA O

Sr. D. Gonzalo Machado, nombrado en Abril de 1714: 23 de Diciembre de 1732.
D. Diego de Villagras y Quevedo.
D. José de Carvajal y Lancierot: 1754.
Duque de Alba: 1776.
D. José de Silva y Sarmiento, marqués de Santa Cruz: 1802.
D. Manuel Abella: 1817.
D. Ramón Chimón: 1818.
D. Agustín García de Arrieta: 1835.
D. Juan González Cabo-reloz: 1858.
Ilmo. Sr. Manuel Tamayo y Baus.

SILLA P

Sr. D. Jerónimo Pardo, nombrado en Abril de 1714: 10 de Junio de 1740.
D. Alonso Verdugo, conde de Torrepalme: 1767.
D. Ignacio de Hermosilla: 1802.
D. Casimiro Pérez Casaseca: 1816.
D. Agustín José Mestre: 1836.
D. Antonio Gil y Zúñiga: 1861.
D. Antonio García Gutiérrez: 1884.
D. Miguel Mir.

SILLA Q

Sr. D. Mercurio López Pacheco, marqués de Villena, nombrado en Abril de 1714: 7 de Junio de 1738.
D. Juan López Pacheco, marqués de Villena: 1751.
D. Martín de Ulloa: 1787.
D. Antonio Porcel: 1832.
D. Juan Nicasio Gállego: 1853.
D. Antonio Ferrer del Río: 1872.
D. Antonio Arnao: 1890.
Excmo. Sr. D. Francisco Fernández y González.

SILLA R

Sr. D. Juan Curriel, nombrado en Junio de 1714: 29 de Noviembre de 1775.
D. Antonio Mateos Marillo: 1797.
D. Ramón Cabrera. Pasó a la silla N.
D. José de Carvajal, duque de San Carlos: 1828.
D. Javier de Burgos: 1848.
D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas: 1853.
D. Rafael María Baralt: 1860.
D. Tomás Rodríguez Rubí: 1890.
Excmo. Sr. D. Antonio María Pabio.

SILLA S

Sr. D. Luis Curriel, nombrado en Junio de 1714: 27 de Noviembre de 1724.
D. Tomás de Montes y Corral: 1744.
D. Tiburcio de Aguado: 1767.
D. José Vela: 1800.
D. Francisco Martínez Marina: 1839.
D. Marcial Antonio López: 1857.
D. Manuel Cañete: 1891.
Excmo. Sr. D. Santiago de Liniers.

SILLA T

Sr. D. Jaime de Solís, nombrado en Octubre de 1714: 7 de 1752.
D. Pedro Manuel de Acebedo: 1734.
D. Lope Hurtado de Mendoza: 1747.
D. Ignacio de Cevallos: 1784.
D. Miguel de Flores: 1790.
D. Pedro Téllez Girón, duque de Osuna: 1808.
D. Demetrio Ortiz: 1845.
D. Félix Torres Amat: 1847.
D. Jaime Balmes: 1848.
D. José Joaquín de Mora: 1864.
D. Antonio de los Ríos y Rosas: 1873.
Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.

SILLA U

Sr. D. Manuel de Fuentes, nombrado en Octubre de 1714: 7 de 1718.
D. José Montelegré y Andrade, marqués de Sales: 1771.
D. Benito Bañes: 1797.
Conde del Carpio: 1801.
D. Nicasio Álvarez de Cienfuegos: 1809.
D. Lorenzo Carvajal: 1830.
D. Juan Pablo Pérez Caballero: 1836.
D. Mateo Seoane: 1870.
D. Manuel Silveira: 1882.
Sr. D. Francisco García Ayuso, electo.

SILLA V

Sr. D. Manuel de Villegas Pinatelli, nombrado en Noviembre de 1714: 17 de 1752.
D. Javier Arias Davila y Centurión, conde de Puñonrostro: 1783.
D. Gaspar Melchor de Jovellanos: 1811.
D. Tomás González Carvajal, nombrado en 1834.
D. Joaquín Ignacio Meneses y Manso de Zúñiga, conde de Guendulain: 1882.
Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.

SILLA W

Sr. D. Pedro Verdugo de Albornoz, conde de Torrepalme, nombrado en Junio de 1715: 1720.
D. Fernando de Bustillos y Azcona: 1730.
D. Manuel Pellicer de Velasco: 1733.
D. Blas Antonio Nasarre: 1751.
D. José Velasco: 1767.
Padre Juan de Aravaca: 1766.
D. Diego Rejón de Silva: 1796.
D. Joaquín Lorenzo Villanueva: 1837.
D. Jerónimo de la Escosura: 1855.
Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.

SILLA X

Sr. D. Pedro Escotto de Agóiz, nombrado en Septiembre de 1715: 1728.
D. Miguel Gutiérrez de Valdivia: 1747.
D. Juan de Iriarte: 1771.
D. Pedro de Silva: 1808.
D. Francisco Antonio González: 1833.
D. José de la Revilla: 1859.
D. Cándido Nocedal: 1885.
Excmo. Sr. D. Eduardo Benot.

SILLA Y

Excmo. Sr. D. Juan de la Pazuela y Ceballos, conde de Cheste, nombrado en Junio de 1815.

SILLA Z

Sr. D. Joaquín Francisco Pacheco, nombrado en 1845: fallecido en 1895.
D. José de Selgas y Carrasco: 1892.
Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer.

SILLA A

Sr. D. Angel Saavedra, duque de Rivas, nombrado en 1834: fallecido en 1835.
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

SILLA B

Sr. D. Agustín Durán, nombrado en 1839: muerto en 1862.
Excmo. Sr. D. Enrique de Saavedra y de Cueto, duque de Rivas.

SILLA C

Sr. D. Ramón de Mesonero Romanos: 1834-1868.
Excmo. Sr. D. José de Echegaray.

SILLA D

Sr. D. Antonio Alcalá Galiano: 1813-1865.
D. Adelardo López de Ayala: 1879.
D. Gabino Tejedor: 1891.
Excmo. Sr. D. Federico Esler, electo.

SILLA E

Sr. D. Pedro José Pidal, marqués de Pidal: 1843-1895.
D. Antonio Aparici y Guirar: 1872.
D. José Godoy Alcantara: 1875.
Excmo. Sr. D. Vicente Barrantia.

SILLA F

Sr. D. Eugenio de Oñate: 1841-1872.
D. Luis Fernández Guerra y Orbe: 1890.
Excmo. Sr. D. Manuel del Palacio, electo.

SILLA G

Sr. D. Antonio María Segura: 1845-1874.
Excmo. Sr. D. Pedro de Madrazo y de Kuntz.

SILLA H

Sr. D. Alejandro Olivá: 1847-1878.
Excmo. Sr. D. Mariano Catalina.

SILLA I

Sr. D. Nicomedes Pastor Díaz: 1847-1883.
D. Juan Núñez de Arenas: 889.
D. Francisco de Paula Canalejas: 1898.
D. José de Castro y Serrano.

SILLA J

Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch: 1847-1890.
Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Entre gran número de ilustres desconocidos, figuran en la precedente relación casi todos los ilustres escritores que, desde la fundación de la Academia hasta nuestros días, han mantenido a gloriosa altura las letras patrias.
Para remunerar la constancia y sagacidad de los Académicos, se forma una escalafón que expresa las asistencias de cada uno.
El primero de este escalafón es el señor D. Aureliano Fernández-Guerra que figura con 9,9 asistencias; y el último el señor D. Santiago de Liniers, cuya recepción es la más reciente.

El catálogo de las obras publicadas por la Academia es muy extenso, consistiendo el principal arbitrio de la misma el producto de venta de sus *Disquisiciones y Gramáticas*. Entre los trabajos literarios que la docta Corporación ha dado a luz, y cuyas ediciones han sido las más notables el *Diccionario de Autoridades* en seis tomos, publicados desde 1726 a 1729; la magnífica edición del *Quijote*, hecha en 1780; y otras tres de la misma obra en 8.º, en los años de 1782, 1787 y 1819, acompañada esta última de la *Vida de Cervantes*, escrita por el

Académico D. Martín Fernández de Navarrete.
También merecen particular mención el *Puerto Jago*, publicado en 1815, con el texto latino y castellano; las *Cançons de Santa Maria*, del rey D. Alfonso el Sabio, y los tomos primero, segundo y tercero de las *Obras de Lope de Vega*.
La envidia y el inmoderado espíritu de censura, han negado a la Academia sus excelencias, exagerando los defectos de que adolece, como toda obra humana; pero es innegable que, con su autoridad y con su ejemplo, ha mantenido la pureza de la hermosa lengua castellana, preservándola de corrupciones y extravíos.

Juan B. Enseñat.

VEREDICTO DISCUTIDO

Muchos son los comentarios que se han hecho respecto al veredicto del Jurado en el proceso de Vázquez Varela.

Todos los periódicos, sin distinción, están conformes en afirmar que se produjo un movimiento general de sorpresa entre los concurrentes al oír la lectura del severo fallo pronunciado por los jueces del tribunal popular.

Pudo ser aquel movimiento iniciado en son de protesta por los amigos de Varela que figuraban en la masa del público, en número muy considerable, pero sólo lo cierto que a la media hora, en todos los centros, cafés, teatros y tertulias, se comentaba la resolución del proceso, dominando la tendencia de censura contra el veredicto de culpabilidad. Los adversarios del Jurado reogen estas manifestaciones de la opinión, y aprovechan la oportunidad para reproducir sus ataques exagerando los síntomas de una infundada alarma.

Bien mirado el asunto, no merece tantos y tan diversos comentarios. Si estos surgen, es debido sólo a la notoriedad que alcanzó el proceso por la única y poderosa razón de ser quien era el protagonista.

Debemos respetar la triste situación del reo y condonarlo de su desgracia; pero ciertamente no hay motivo para sentir demasiados los consecuencias del veredicto o, ni temer que hombres inocentes sufran condenas injustas por la excesiva ligereza de criterio o la impresionabilidad de los jueces de hecho. Ellos han cumplido su deber apreciando las circunstancias del proceso, según su conciencia; han sido eco de la opinión, que únicamente veía en Varela un elemento de escándalo y de perturbación social.

El Jurado le declara culpable de haber, entre tres y cuatro de la madrugada del 4 de Marzo de 1893 y en una habitación de la calle de Carretas, núm. 37, segundo, producido a su manecano Antonio López Písterro, por presión, o por sofocación, o empleando ambos medios, la asfixia, que le causó asnope y pérdida de conocimiento, y de haber lanzado a la misma Antonio, creyéndolo muerto, por el balcón a la calle.

Si la redacción de la pregunta fue defectuosa; si comprendía conceptos diversos que debieran ser apreciados separadamente; si, en fin, hubo error grave al pronunciarse la contestación afirmativa, nada de esto constituye un cargo en contra del jurado. A suplir ó emendar las deficiencias del veredicto, acude la ley con remedios poderosos y eficaces que ponen la sociedad a cubierto de todo peligro.

El tribunal de derecho ha podido declarar de oficio y por unanimidad el error grave, si existía, con relación a los méritos del proceso mandando pasar la causa a nuevo jurado. No se requería petición de parte ni era imposible suhil por curación de forma la invertebración ó el desdén del letrado defensor. No se imputa, pues, la injusticia de la condena al Jurado, si tal injusticia existe.

Tal vez los dignos magistrados, aun estimando el error, no tuvieron fuerza de ánimo para declararlo, que no en vano preocupa a todos los hombres esa terrible cosa que se llama la presión de fuera.

Pero esto, a la vez que un argumento favorable al Jurado, es también una demostración elocuente de la equidad en que se inspiró el veredicto.

Si los magistrados hubieran intervenido para poner remedio al error, infinitamente más duras y acerbos serían a estas horas los comentarios.

No; no es hacia el tribunal popular hacia quien hay que volver asombrados ó iracundos los ojos.

Re hacia otro poderoso factor, cuyas apreciaciones, hijas siempre del buen deseo, suelen ser más tremandas é irreparables que las de la justicia antigua y la justicia nueva. Cuando esa poder dicit una condena, no hay fallo abso utorio que hasta.

Poco importa que se declare la inocencia del acusado, en contra suya decretase de seguridad y vicetamente una especie de confiamiento moral, que aislándole de todo medio salvable y honesto, fuerzale de nuevo a buscar refugio en aquéllas otras a donde le impulsaban sus naturas y aversos instintos. No; no se veamos al Jurado.

Si fallo ha sido conforme a la equidad, atea en el supuesto de que no haya sido conforme a la justicia.

Si fallo ha sido conforme a la equidad, atea en el supuesto de que no haya sido conforme a la justicia.

Si fallo ha sido conforme a la equidad, atea en el supuesto de que no haya sido conforme a la justicia.

Si fallo ha sido conforme a la equidad, atea en el supuesto de que no haya sido conforme a la justicia.

Antes que nadie, en efecto, y con verdadero entusiasmo, me encapriché de tan paradójica innovación, y la superficie que vino a pelo rompió plumas y plumas en honor suyo. Claro está que bien sabía yo a donde iba a parar. Hacer ya un ratito que adquiri a costa mía esa desconianza saludable, que es el principio de la sabiduría, para que, sin tón ni ón, fuera a convertirse en paladín de una causa problemática.

Bien se me alcanzaba la excelencia intrínseca de la locomotora Heilmann, pero también, por otra parte, barto conocía yo—replato que a costa mía—los laberintos de la maldad y de la imbecilidad humanas, para atreverme a responder, con la misma certeza, de su éxito final, especialmente de su éxito futuro.

Y es que para ganar el premio gordo de la ciencia y de la industria, no basta tener la razón por su parte; ni siquiera basta con haber dado pruebas y engendrado maravillas. Después de haber vencido a la naturaleza, preciso es aún vencer a los hombres, cosa algo más ardua, delicada y peligrosa.

Preciso es aún desarmar la rutina, galvanizar la indiferencia, paralizar la envidia, causar ó seducir las malas voluntades, remover todo un mundo inerte, malévolo é increíble. Y en el caso presente, la acritud de las críticas de que fué objeto la nueva máquina, los rencores y las envidias que levantó, el desafío con que los esblós de tres al cuarto y los quequillosos afectaron tratar las apreciaciones de este cronista científico de la prensa cotidiana; todo me hacía prever que esta vez la lucha iba a ser por demás reñida.

Llegóse hasta decir que yo no sabía lo que me pasaba; que mis cálculos carecían de exactitud; que los hechos que pude comprobar, no sólo presenciándolos, sino como resultado de operaciones matemáticas, en las que no cabía fantasía alguna, sólo había existido en mi imaginación de alucinado. En una palabra, si no me reputaban del todo como un mentecato ó un fanático, poco le faltó.

Y todo ello por haber dicho que el *cóctel eléctrico* era, no la locomotora del porvenir y el último esfuerzo del arte de los transportes a gran velocidad, sino la solución transitoria destinada a permitir que la ciencia futura cumpliera sus tareas, sin obligar al presente a cruzarse de brazos, inmóvil y embarrancado.

Más parece resultar que no estuve tan mal inspirado ni tan falto de informes, puesto que la administración de la Compañía del Oeste, compuesta de técnicos imparciales, prácticos, refractarios al acorralamiento, y que no acostumbraban a gastar en balde su tiempo y su dinero, va a decidirse, en cierta medida, a consagrar mis previsiones.

Aunque a ello por una vez, un profano habrí visto más claro que los iniciados. De lo cual me felicito, sin rubor alguno; y también felicito al amigo Heilmann; no olvidemos tampoco la Compañía del Oeste.

En efecto, cuando se está al tanto de las cosas de la vida social, cuando se conoce las pasiones particulares que gobiernan a los cuerpos constituidos que, como ésta, tienen que satisfacer dividendos, su modo de ser, su estado de ánimo, sus tradiciones, los obstáculos su cuenta, materiales y morales, con que necesariamente tropiezan; en su seno la más insignificante iniciativa anormal, difícil nos es sustraerlos a un tánico de admiración hacia la amplitud de ideas y la valentía de que la Compañía del Oeste, en esta circunstancia, da tan patente prueba. Lo que ha necesitado para prestar tan resuelto apoyo al Sr. Heilmann y hacerle conseguir la realización de sus propósitos, trastornando costumbres adquiridas y derribando barreras—con ó sin metafora—es incalculable.

Se asegura que ni es cosa de coquer y cante el poner en prueba, en una vía férrea, una máquina de 800 caballos, de modelo inédito, capaz de correr 100 ó 120 kilómetros en sesenta minutos. Aun suponiendo que todo salga bien, cuenta todo ello mucho trabajo y se corre grandes riesgos.

Solo un detalle entre ciento. Para organizar los experimentos del mes próximo pasado, de los que di cuenta, y que no obstante sólo exigieron algunas horas, preciso fué alterar todo el servicio, los horarios, suspender ó retrasar las expediciones, movilizar el personal, hacer, en una palabra, una especie de revolución. Asimilar responsabilidades tan complejas y de tanta trascendencia, con la posibilidad de un fracaso y con el sólo fin de ensayar una locomotora paradójica, cuyo primer anuncio excitó la alegría de los políticos y de la que un maestro en cosas de electricidad decía brutalmente que eni errar car potiras, supone cierta entereza.

Permítaseme formular una idea que se me ocurrió el otro día, mientras oía silbar el *Cóctel* y me calaba una lluvia número uno. La exponeré por lo que valga y tal como acudí a mi cerebro, y sin que le dé ya más importancia de la que merece; quizás no resulte, y quizás contenga en embrión una institución nacional capaz de prestar grandes servicios a la industria y a la ciencia.

Pensaba yo, pues, en las dificultades sin cuento y sin tés que la Compañía del Oeste ha tenido que resolver hasta poner al señor Heilmann en situación de practicar sus experimentos, y en los disgustos que tan generosa iniciativa ha acarreado a dicha Compañía.

Haciame a mí mismo esta indiscreta pregunta: ¿Cómo es que en una gran y rica nación, cual es Francia, el Estado (es decir, la universalidad de los ciudadanos, su majestad, todo el mundo) no posea en algún sitio, en Bretaña, en Argelia, en la Camargue, las Landas, la Soloth, en cualquier parte, un campo de manobras de algunas docenas de hectáreas, en donde sin molestar a nadie, y sin comprometer interés alguno, pudiesen efectuarse los ensayos públicos de las obras que exigen grandes extensiones para su desarrollo?

Observese que lo que yo pensaba acerca de Francia puede de igual manera aplicarse a Rusia, a Bélgica, a España, a Inglaterra, a cualquier país europeo. Sólo que, como soy francés, me parece muy natural que principia por acordarme de Francia.

En muchas partes se ha sacrificado inmensos territorios para manobras militares y experimentos de maquinaria de guerra. Aunque, por desgracia, la guerra una fatalidad inductible, no es, sin embargo, el estado normal de la especie humana.

Lejos de mí el censurar que nos preparemos a ella; ni que con este fin, tirásemos por la ventana el dinero de los contribuyentes, puesto que de ella puede depender la independencia y la seguridad de la patria. Pero lo que se hace para las obras de destrucción y de muerte, por qué no hacerlo también para el trabajo pacífico y fecundo, para el progreso y para la ciencia? Por qué no tener, al lado del campo de tiro, en donde aprende la juventud el arte de la matanza, polígonos equivalentes para instrumentos de paz?

Los yankees tienen en Yellevs-on-Park, toda una provincia de una extensión de cinco ó seis departamentos franceses, reservada a los goees higiénicos, ambulatorios y estéticos de los ciudadanos de la Unión. No

existe razón alguna para que en Francia no se reserve, con el mismo fin, por lo menos la superficie de toda una comarca, escogida entre las más improductivas; para los galopes de ensayos de locomotoras perfeccionadas y demás sports industriales.

De otra se me alcanza que el precio a que está todo, no dejaría a los costosos bienestar caro. Mas existe acaso alguna potencia europea entre las que a veces derrochan con tanta frescura los millones sudados por los trabajadores; existe acaso alguna potencia europea demasiado pobre para pagarse el lujo de un velódromo intensivo cuya utilidad salta a la vista?

Meditado bien. EMILE GAUTIER.
(Prohibida la reproducción.)

TELEGRAMAS

De la Agencia Fabra

El desarme europeo
Londres 30.—(Recibido el 31).—En la Cámara de los Comunes, el diputado Mr. Whitchoad preguntó al Gobierno si, en vista de las declaraciones hechas por el rey de Dinamarca, acerca de la disminución de los gastos de guerra, está dispuesta Inglaterra a tomar la iniciativa para la reunión de una conferencia internacional.
El ministro de Hacienda (canciller del Echequer) Mr. Harcourt, contestó que por el momento nada podía decir en concreto, pero que no sería cosa difícil que la Gran Bretaña aprovechara la primera ocasión oportuna para tomar la iniciativa de reunir la conferencia de la Paz.

Viena 31.—(Recibido el 31).—El emperador Guillermo II de Alemania, llegará a este capital el día 12 de Abril, y probablemente se quedará en Viena algunos días.
Se concede mucha importancia política a la entrevista que celebrarán los dos emperadores. No fuera aventurado suponer que ambos soberanos prepatan un hecho que causará gran sorpresa.

Londres 31.—Según el periódico *The Daily Chronicle*, el emperador de Alemania tiene la intención de visitar este verano Finlandia, donde será recibido por el czar de Rusia ó por el príncipe heredero.

Los funerales de Kossuth

Buda Pesth 30.—(Recibido el 31).—Los balcones de todas las casas están adornados con coladuras negras, en demostración de luto nacional, por la muerte de Kossuth.
En las calles la aglomeración de gente es tan considerable, que con mucha dificultad se transita. Todos van vestidos de negro. Las tiendas están cerradas. En las estaciones ferroviarias del tránsito la muchedumbre acude a recibir el último tributo a los restos del eminente patriota.

Buda Pesth 31.—Recibido el 31.—A las tres de la tarde ha llegado el tren que conduce los restos mortales del ilustre patriota Kossuth.

Los congresos municipales y los diputados se hicieron cargo de la caja conteniendo el cadáver y la colocación sobre un pequeño catafalco conestido al efecto.

El viceburgomaestre pronunció sentidas palabras diciendo que la capital de Buda Pesth velará sobre el catafalco como sobre una reliquia.

El cadáver fué conducido después al Museo donde ha quedado expuesto.

Inmensa muchedumbre colocada en el trayecto, recordó por el fúnebre cortejo, ha dado muestras de profundo sentimiento.

Todas las empresas de las iglesias han estado tocando desde la llegada del cadáver hasta que éste ha quedado depositado en el Museo.
Matin norteamericano
Nueva York 30.—(Recibido el 31).—Se acaban de recibir detalles del motín que estalló anoche en Darlington (Carolina del Sur). Lo primieron unas cuantas personas, que se negaron a franquear la entrada de sus respectivos domicilios a los agentes de la autoridad, encargados de la investigación de Hacienda, respecto a la existencia de alcoholes y bebidas. Al poco tiempo la población entera tomó parte a favor de los insurrectos, riñéndose una verdadera batalla entre las masas populares y las fuerzas de policía. Los amotinados fusilaron a 21 guardias de Orden público. Por su parte, la policía dió repetidas cargas, resultando de ellas numerosos muertos y heridos.

Bombas

Lisaboa 31 (4 t.).—En la aldea de Dorat fué colocada una bomba explosiva en la ventana de la casa de un antiguo notario, que daba una flecha con motivo de la boda de su hija. La explosión fué formidable y produjo considerables daños materiales, aunque, por fortuna, ninguna desgracia personal.

CINCUENTA AÑOS
DE USO GENERAL

LA SALUD A DOMICILIO—LA MARGARITA EN LOECHES

CON GRANDES RE-
SULTADOS SIEMPRE

Antibiótica, antiescorbutica, antihéptica, antiparásitica y muy reconstituyente.—Con esta agua de uso general hacen cincuenta años, se tiene la salud a domicilio.—Premiado siempre la primera con grandes diplomas y medallas de oro y distinciones.—Gran remedio contra las distintas formas del dengue con que esta dolencia se presenta. Es preservativa de la tisis y difteria usada con frecuencia. Tamar todos los días una cucharada.

Depósito central: Jardines, 15, bajos derecha, Madrid.—Prevenir contra envenenamientos de aguas llamadas naturales y que pretenden ser iguales y aún mejores, y dicen que no irritan, y es porque carecen de fuerza. La de LA MARGARITA se adapta a todos los estómagos, no irrita, y mezclándola con agua, resulta aún muy superior a los similares. Aunque como purgante no tiene igual el agua de LA MARGARITA sus sensaciones terapéuticas tampoco, pues cura con facilidad y prontitud gran número de afecciones del estómago, bilis, herpes, reumatismos, llagas, anemias y demás que expresa la etiqueta de las botellas, y su gran canal de agua de que carecen las demás aguas, le permite tener abierto un gran establecimiento de baños del 15 de Junio al 15 de Septiembre. Pedir prospectos y hojas clínicas, que se entregan gratis.—Vente en todas las principales farmacias y droguerías de España y extranjeras.

ESPECTÁCULOS

COMEDIA.—A las 8 y 1/2.—9.ª de abono.—La Parruca (un acto).—La Biética domata (cuatro actos).

A las cuatro.—L'Artículo 231 (un acto).—La Familia Barilotti (tres actos).

ZARZUELA.—A las 8 y 1/2.—El Rey que rabió.

A las 4 y 1/2.—La Tempestad.

PRÍNCIPE ALFONSO.—A las 8 y 1/2.—4.ª de abono.—Turno par.—Gloconde.

LARA.—A las 8 y 1/2.—7.ª serie.—Turno 2.ª imper.—Mi misma cara.—La cuerda floja.—Zaragüeta. Segundo acto de la misma.

A las 4 y 1/2.—Turno 3.ª par.—Cien años de gloria.—La Señal Francés (dos actos).—Su excelencia.

APOLLO.—A las 8 y 1/2.—El chaleco blanco.—Un viaje de los demonios.—La noche de San Juan.—La verbena de la Paloma o el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos.

A las 4 y 1/2.—Los de Cuba.—El chaleco blanco.—El joven Telémaco.

ESLAVA.—A las 8 y 1/2.—El Muñeco.—Los dineros

del sacristán.—El traje misterioso.—Los Puritanos.

A las 4 y 1/2.—El Muñeco.—Misa Erre.—Los dineros del sacristán.—Tragalabias.

GRAN CIRCO DE PARISH.—A las 4 y 1/2 y 8 y 1/2.—Dos grandes funciones, y en ambas la verdadera atracción del día O'Kill, primer ventrílocuo del mundo.—La hermosa inglesa miss Lydia.

Entrada para niños y militares 50 céntimos.

GRAN CIRCO DE COLÓN.—A las 4 y 1/2 y 8 y 1/2.—Dos magníficas funciones, en la que tomarán parte los principales artistas de la compañía, la incomparable adivinadora mademoiselle Kress, la sin rival familia Ostarras y la Feria de Sevilla.

Sillas, 1.50; entrada general, 50 céntimos.

RUSIA.—(Madrid Moderno).—Sesiones de patines.—Carreras de trineos, con premios.—Tiro de salón.—Conciertos.—Abierto el parque todo el día.

PARQUE DE MADRID (Casa de fieras).—Exposición zoológica todos los días, de nueve a doce de la mañana, y de dos de la tarde al anochecer.

INSTITUTO BROWN-SEQUARD

ALCALÁ, 4-MADRID-TELÉFONO 220

PRIMERO Y ÚNICO EN ESPAÑA QUE SÓLO SE OCUPA DEL NUEVO MÉTODO

Los jugos orgánicos se emplean contra la anemia, ataxia, parálisis, reuma, tuberculosis, impotencia, cáncer, achaques de la vejez y en todas las enfermedades que producen debilidad.

Lo que importa a médicos y enfermos es distinguir las buenas de las malas preparaciones, a fin de evitarse molestias y gastos, pues aunque estas últimas las aplican y se venden por ahí a bajo precio, sus resultados son nulos y exponen a graves accidentes.

Tenemos la exclusiva del Instituto Sequardiano y perseguiremos a todo el que trate de ostentar nuestra marca. Pidáanse AMPOLLAS ESFÉRICAS y que lleven grabado en el vidrio «DR. GOIZET, PARIS».

El público puede hacer la comprobación con las que tenemos expuestas en el Salón de El Heraldo y en el escaparate de la farmacia de Moreno Miguel, Arsenal, 2.

El jugo test, es de conejo de India y está contenido en ampollas de 4 y 1 centímetro cúbico al precio de 20 pts. y 5.50 respectivamente. Igualmente tienen la sustancia gris, de la glándula tiroidea y otros.

El Instituto está abierto de 9 a 6. La consulta de 2 a 4.

Tenemos además la propiedad de la interesante obra del Dr. Goizet sobre el método Brown-Sequard.

Este libro es indispensable a médicos y enfermos siquiera para elegir los jugos y su aplicación. Se vende la segunda edición a 3 pesetas ejemplar en la librería de San Martín, Puerta del Sol, 5.

Se remiten los jugos por correo, franco de porte. Pidáanse instrucciones al DIRECTOR DEL INSTITUTO BROWN SEQUARD, ALCALÁ, 4.

25 AÑOS DE ÉXITO

SE VENDE EN LAS FARMACIAS
DROGUERÍAS Y ULTRAMARINOS.

Para pedidos dirigirse al Sr. D. Rafael Romero, de Jerez de la Frontera, único Agente en toda España.

ZARZAPARRILLA DE BRISTOL

Limpia la sangre y los HUMORES. Remedio infalible contra la SIFILIS. De venta en todas las farmacias. y droguerías de la Península.

Depositarlos: SANCHEZ VIGORZA Y COMPAÑIA.—BARCELONA.

Para convalecientes y personas débiles, es el mejor tónico y nutritivo: resaca, indigestión, anemia, tisis, raquitismo, etc.

FARMACIA: LEON, 13.—LABORATORIO: QUEVEDO, 7.

Los CHOCOLATES de LA ESPAÑA. Los CAFES de LA ESPAÑA. Los TÉS de LA ESPAÑA y demás artículos que vende LA ESPAÑA.

son los más aceptados por el público.

PUNTOS DE VENTA: En todos los comercios de ultramarinos de Madrid y provincias.

Fábrica y oficinas: Santa Engracia, 94, Madrid.

COMPANIA VASCO-ANDALUZA IBARRA Y COMPAÑIA

Salidas fijas semanales del puerto de la Coruña.

Esta acreditada y antigua Empresa, que cuenta hoy con veinte vapores, ha fijado sus salidas:

Lunes.—Para Carril, Vigo, Huelva, Cádiz, Málaga, Almería, Cartagena, Alicante, Valencia, Tarragona, Barcelona, Cetta y Marsella.

Miércoles.—Para Gijón, Santander y Bilbao.

Jueves.—Para Carril, Vigo, Cádiz y Sevilla.

Sábado.—Para Santander y Bilbao.

La carga que no esté embarcada los días fijados antes de las dos de la tarde no podrá ser admitida.

Son a cargo de la Empresa los gastos al por fuera mayor no pudieran ser embarcadas.

Consignatario en la Coruña, D. Nicandro Farina, al lado de la batería Salvas.

LA EMPRESA ANUNCIADORA LOS TIROLESES

se encarga de la inserción de los anuncios, reclamos, noticias y comunicados en todos los periódicos de la capital y provincias con una gran ventaja para vuestros intereses.

Pidáanse tarifas que se remiten a vuelta de correo. Se cobra por meses, presentando los comprobantes.

OFICINAS: Barriónuevo, 7 y 9, entresuelo.—Madrid

POBREZA de SANGRE

HIERRO DE LERAS

PARA curarse rápidamente, la anemia, los colores pálidos, los dolores de estómago, los flujos blancos y las irregularidades menstruales, reclaman el hierro en estado soluble y los fosfatos; reunidos se encuentran en el Fosfato de Hierro de Leras, muy recetado a los niños pálidos, delicados, privados de apetito, y a las jóvenes que se desarrollan con dificultad.

En PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las farmacias.

PUBLICIDAD UNIVERSAL

AGENCIA DE ANUNCIOS DE RICARDO STORR

Esta antigua Casa, que no tiene absolutamente nada que ver con ninguna otra de su clase, sigue admitiendo anuncios, reclamos y noticias para todos los periódicos.

ESQUELAS FUNEBRES

Combinaciones de publicidad con gran ventaja de precios.

Se envían tarifas de precios a las personas que las piden dirigiéndose en Madrid a las

OFICINAS: CALLE DE SAN MIGUEL, 21 D.P.

PRINCIPAL IZQDA.—TELÉFONO 805

EL CAMINO MAS CORTO

El otro motivo de aversión que tenía el cura contra el desgraciado San Salvador, no ejercía menos influencia en su ánimo; la edificación de San Salvador era un simple pedozo de madera toscamente tallado, más toscamente pintado, y que se parecía más a un tronco de leña para el hogar, que a un Dios.

Por eso el señor cura, que era muy celoso de la buena apariencia y el orden en su iglesia, había condenado a San Salvador al fuego en su calidad de ídolo, y liberado a un tiempo su conciencia de una herejía y su iglesia de un mamarracho, cosas ambas que hacía tanto tiempo que toleraba.

En medio, pues, de una distracción muy marcada por parte de su auditorio, predicó el señor cura un sermón relativo a la resurrección de Lázaro y del Hijo de Dios.

El Sr. Kreisler pensaba en su himno nupcial.

Teresa pedía a Dios que protegiera el regreso de Hugo.

El señor alcalde le traducía a M. Bernard las citas latinas del sermón, y M. Bernard estaba embelesado y estúpido de admiración al ver la profunda erudición del señor alcalde, el cual no sabía, sin embargo, más latín que el de botica, así como el cura sólo sabía el de iglesia; de manera que, reuniendo su ciencia e instrucción, no hubieran podido luchar sin desventaja con un estudiante de filosofía.

El cura había notado la distracción general, y comprendiendo el motivo que la ocasionaba, atacó de frente a San Salvador y su culto; pero su elocuencia no produjo efecto alguno, y cuando salieron de la iglesia para ir en procesión a bendecir el mar, según se acostumbraba hacer en el día de Asunción, todos murmuraban, y los marineros anunciaban en alta voz que no se embarcarían mientras no se volviera a colocar en su sitio a San Salvador, porque, privados de su protectora mirada, no estaban seguros de poder entrar en la bahía.

El señor alcalde no se pronunciaba aún, y M. Bernard participaba de antemano de la misma opinión que emitiera ulteriormente el señor alcalde.

Sin embargo, bajaron al mar.

Sólo Guillermo se dirigió a la casa del cura.

Segunda parte

EL CAMINO MÁS CORTO

Hugo continuaba su camino. De vez en cuando un soplo de viento le traía algunas notas de las letanías que cantaban en la playa.

A medida que se aproximaba a Teresa, hacía un fuerte su emoción, que se sentó en una roca.

No tardó en sacarle de su meditación una ola que vino a mojarle los pies; entonces recordó que era luna llena, y que la marea, completamente baja a las cuatro de la mañana, no tardaría en estar en su mayor altura.

Apresuró el paso, y después empezó a correr; pero cuando llegó al arco, lo encontró ocupado por el mar. Era imposible pasar.

Se quedó estupefacto.

El acantilado, muro inaccesible de trescientos diez pies de altura, se elevaba entre Teresa y él, y oía las voces con las cuales debería mezclar la suya.

Volvió a emprender su carrera en sentido inverso para llegar al frente de Antifer y dirigirse a Ríretat por las alturas.

El mar iba ganando terreno, y para evitar que le cogiera, tuvo que correr y saltar por las rocas de pico en pico.

Al llegar cerca de Antifer resbaló y se torció el pie entre dos rocas.

Quiso levantarse, pero había sufrido una torcedura tan violenta, que no le fué posible hacerlo.

Se arrastró con horribles sufrimientos hasta el camino alto, y allí cayó sobre la hiera; su pierna estaba muy hinchada, no podía dar un paso, y no tenía más remedio que esperar a que pasara algún pastor o algún carabinero.

Inmóvil sobre el césped, pensaba en Teresa y en la promesa que le había hecho de llegar el día de la Asunción.

El ruido sordo de una calesa que rodaba por la hierba, le hizo alzar la vista; llamó al caletero, y se detuvo el carruaje.

—Buen amigo—dijo Hugo a una especie de campesino que lo guiaba sentado en una de las varas,—estoy herido; ¿quiere usted llevarme al pueblo y le recompensaré bien?

Asomaron entonces dos cabezas de mujer.

Consultó el caletero a las mujeres, y subió a Hugo a la calesa.

Este dió las gracias a sus compañeras de viaje; el caletero volvió a colocarse en la vara, y el carruaje emprendió de nuevo su camino para el Havre.

Hugo sufría mucho, y quería, sin embargo, sostener la conversación.

La mayor de las viajeras era una mujer como de unos treinta años.

Alta y gorda, estaba muy oprimida en su corpiño, llevaba la cabeza muy erguida, y hablaba con el extremo de los labios, indicio infalible de petulancia muy marcada; tenía la nariz un poco corva, los ojos negros, vivos, atrevidos; sus cabellos negros eran crespos y estaban arreglados a cada lado en tirabuzones iguales y de una tirante extraordinaria, de tal modo, que parecían de alambre; tenía los labios gruesos y algo prominentes; sus miradas, sus gestos y su voz eran afectadas.

Era lo que muchas personas llaman una buena moza.

La más joven se asemejaba algo a su madre, pero era mucho más distinguida.

Tenía los cabellos menos negros y mucho más finos; el brillo de sus ojos estaba atenuado por negras y largas pestañas; su boca, sin estar precisamente bien dibujada no tenía la expresión insoportable que la de su madre.

Cuanto a la demás, tenía como ésta la nariz un poco corva y llevaba la cabeza erguida; los dientes eran blancos, pero muy anchos.

Su semblante, como suele suceder a la mayor parte de las jóvenes que viven en el campo, era un poco rubicundo.

La general resultaba bastante bien, pero causaba pena ver la afectación de sus posturas, que perjudicaba mucho a la perfección de sus formas.

Rara vez levantaba los ojos al cielo, pero cuando lo hacía, tenían una expresión dulce; parecían de terciopelo negro, sólo que su languidez era uniforme.

Hablaba rara vez, pero en su voz había cierta sequedad natural.

Sus manos eran muy lindas y extremadamente blancas, lo cual no es muy general entre las muchachas de dieciocho años.

Cuando llegaron al Havre, un criado ayudó al caletero a llevar a Hugo a una habitación que le habían obligado a aceptar.

La señora se consideraba feliz por haber hallado ocasión de complacer a un hombre tan fino, para que no la aprovechara; además, él parecía sufrir mucho, estaría muy mal en la posada, y el transporte hasta la casa de su padre le molestaba extraordinariamente y le alejaría de los médicos.

La habitación en que pusieron al estudiante estaba adornada con cierta elegancia; todo el mueble era muy cómodo.

La cama, compuesta de un número hiperbólico de colchones, era muy buena, y habían tenido cuidado de calentarla; las sábanas eran de una finura extraordinaria.

El cansancio rindió a Hugo, y le hizo dormir.

Al día siguiente fué un criado a tomar sus drógonas, y le mandó a la posada a buscar parte de su equipaje.

Hugo permaneció ocho días en la cama, admirablemente cuidado, halagado con todas las comodidades del lujo y bien alimentado.

En estos ocho días pasaron tantas cosas, que apenas tuvo tiempo para pensar en Teresa; además, aquel lujo que le rodeaba le parecía tan necesario para la vida, que resolvió con más energía que nunca no separarse con la hija de Kreisler hasta que pudiera ofrecérselo igual.

Entregó a la señora de Leloup la carta que su padre le había dado para ella un año antes, y que había permanecido olvidada en el bolsillo de su levita, donde estaría aún si no hubiera sido por la casualidad que le hizo tropezar con la ciudad señora, merced a la torcedura de su pie.

La señora Luisa Leloup vivió en uno de sus dedos la sortija que había perdido con un pañuelo en la diligencia en que habían viajado juntos quince meses antes.

Hugo le devolvió la sortija, pero no pudo hacer otro tanto con el pañuelo, porque también él lo había perdido.

Ella se persuadió de que el estudiante, arrebatado súbitamente en la diligencia por una pasión simpática que le habían inspirado sus lindos ojos, le había sustraído aquel doble recuerdo, y que, obligado a pensar suyo a restituir el uno, quería guardar por lo menos el otro.

Halló muy bien fingida la sorpresa de nuestro héroe, y consideró la torcedura del pie como una astucia amorosa para aproximarse a ella.

La linda niña salía entonces de un colegio y tenía magníficas teorías sobre el amor, sus síntomas, sus encantos y sus penas.

Cuanto a la madre, hallábase en la edad en que las mujeres conocen que les queda poco tiempo de ser agradables (edad que llega generalmente cuando ya no lo son), y tratan de hacer valer todo lo posible lo poco que les queda de belleza, frescura y amabilidad; esa edad en que buscan su postrer amante y hacen de la constancia una virtud cuando las infidelidades no pueden cometerse sino en perjuicio suyo.

Hay una cosa que la naturaleza arregló bastante bien, y que las mujeres han hecho ya tan difícil, que la considero imposible: el pasar de la última juventud a la primera vejez; el hacerse viejas.

La naturaleza hace envejecer a las mujeres por medio de transiciones imperceptibles.